



MOMPOX VIDA & A ETERNIDAD

Colombia es Pasión, el más reciente producto creado por Avianca Tours, invita a los extranjeros a vivir los misterios y la magia del Caribe colombiano: Mompox, un destino mítico, es una de las opciones que incluye el producto.





POR DAVID SÁNCHEZ JULIAO

Nazareno que incumple la promesa de una manda no descansa en paz”, sentencia Prudencio Morales en el tono de jaculatoria con el que la gente de la región suele acompañar los refranes, y agrega: “Menos mal que mi compadre José Elías murió en la ley, en pleno cumplimiento de su voto de compromiso con el Milagroso”.

Aquella noche terminaba el novenario por el descanso del alma de José Elías Palacio. Era el último de los velorios en su honor. Adentro, las mujeres rezaban. Afuera, frente a la rústica vivienda de bahareque y techo de paja, se habían congregado los amigos de los deudos; los hombres: a contar viejas historias de muertos y aparecidos, a jugar al dominó y a beber del café y las aguas de toronjil que cada media hora ofrecían las hijas del difunto desde viejas bandejas de aluminio. Una de ellas era Eulalia, la mayor, quien de niña sufrió de convulsiones que casi la llevan a la muerte.

Hasta que José Elías hizo la manda: “Si me la salvas, Señor, me convierto en nazareno y cargo El Paso Grande, el de Jesús hacia el Calvario, en la procesión del Jueves Santo, hasta mis setenta años de vida”, dice Prudencio Morales que había dicho José Elías, arrodillado en la iglesia ante la imagen del Milagroso. “A la niña se le hizo el milagro, y José Elías cumplió la promesa. A tal punto que murió ejerciendo la manda”. Dicho aquello, Prudencio bebe del pocillo despicado un sorbo de agua de toronjil.

MORIR EN LEY

José Elías había muerto al anochecer de hacía nueve días, en plena procesión de Jueves Santo. Su corazón falló en el momento en que ya no pudo con el peso que cargaba. “El peso de la manda por Eulalia”, comenta Prudencio: “El paso de Jesús hacia el Calvario continuó su marcha, porque un nazareno de relevo no tardó en meter el hombro. Tuvo una muerte feliz mi compadre, en la ley... y vestido de nazareno”.

La Cofradía de los Nazarenos de Mompo en Colombia cuenta con una amplia cantidad de miembros de todos los barrios, de todas las clases sociales y de muchas comarcas vecinas. Ni el propio José Elías llegó a saber cuándo tuvo origen la Cofradía. Como tampoco jamás sospechó que en 1643, cuando un grupo de jesuitas llegó a celebrar ejercicios piadosos para la Cuaresma, ya, de tiempo atrás, en la Villa de Santa Cruz de Mompo se venían realizando en la Semana Santa actos y procesiones de una modesta solemnidad, como muestra de perseverante fidelidad a la tradición andaluza de sus primeros pobladores. Con la posterior presencia de sacerdotes y de autoridades religiosas, la modesta solemnidad se transformó en esplendor. Poco a poco fueron llegando las elaboradas imágenes para los pesados pasos que requerían la fuerza de hasta ochenta hombres para cargarlos. Todos, o casi todos, nazarenos cofrades, “mandantes” o devotos.

Así, vestido de nazareno, había muerto José Elías. Enfundado en su túnica azul turquí y cubiertas la cabeza y la cara por el alto capirote del mismo color, por cuyos dos orificios frontales apenas podía ver el lento andar del paso que precedía el que él ayudaba a cargar. Del blanco cordón que rodeaba su cintura, colgaban los extremos rematados por las cinco borlas que representaban las heridas de Jesús. “En su caso –vuelve a comentar Prudencio Morales–, las cinco semanas santas que le faltaron para llegar a los setenta. Pero Dios quiso llevarse-lo antes. Fue un buen ejemplo mi compadre José Elías. Un buen ejemplo, así como mal ejemplo fue mi otro compadre: el difunto Chenchá Mercado, a quien vimos volver este año”.



EL MAL EJEMPLO

“Mi compadre Chenchá nació cojo de la pierna izquierda, y así murió –comenta Prudencio–, por darse el lujo de incumplir la manda como la incumplió, y por ponerse a beber licor en Jueves Santo”. Prudencio guarda el silencio delator de quien sospecha que ha ido demasiado lejos en palabras.

“El caso de mi compadre Chenchá es un caso misterioso –continúa–. Todos estamos alarmados, nazarenos o no”. Chenchá –sigue contando Pru-



Todos los años, en el día de difuntos, los mompoxinos visitan las tumbas de sus familiares ya idos, muchos de ellos nazarenos.



PRIMERAS SOSPECHAS

Quien primero sospechó que Chenchá Mercado empezaba a volver a la Tierra todos los años a terminar de pagar la manda, fue su compadre José Elías Palacio, muerto también, y a cuya última noche de velorios asistía ahora Prudencio Morales. “A él fue a quien primero se le metió aquello en la cabeza”, afirma Prudencio, aún con el pocillo en la mano: “Pero eso no es nada nuevo, ¿sabe? Desde que la Semana Santa de Mompox existe, muchos mandantes han tenido que regresar a terminar de cumplir su compromiso –toma un sorbo–. Dios mismo los obliga a volver”.

El caso de Chenchá Mercado, sin embargo, era un caso especial. Aunque fuera vestido como todos, y con el capirote cubriéndole el rostro, era un nazareno cojo de fácil detección. En la reunión vespertina de hacía tres jueves santos en casa de Prudencio Morales (el grupo de nazarenos al que él y José Elías pertenecían), todos aseguraron haber visto cojear a un nazareno en la procesión.

Aquella era una reunión de costumbre, antes

dencio en el silencio del velorio– hizo la manda al Milagroso para curarse de su mal de pierna, pero perdió la paciencia. Pasaron los años, las semanas, santas y no santas, los rezos y la pesada carga del paso el Jueves Santo. Pasó todo aquello y no registraba mejora. “Chenchá –dice Prudencio que el cura le advertía–, Chenchá Mercado, óyeme bien: no pierdas la fe en el Señor. Si la mantienes incólume, un día te verás caminando sanamente”.

Prudencio hace una pausa.

“Pero no, en la Semana Santa de un buen año, hace muchos, Chenchá decidió beber ron con malos amigos durante dos días seguidos: Miércoles y Jueves Santo. Y, claro: no fue a la procesión ni tuvo ocasión de ayudar con la carga del paso prometido”.

Vuelve a beber del agua de toronjil.

“Quien incumple la manda en un año, pasa a ser como quien roba alguna vez en la vida. Aunque sea una, siempre será un ladrón. Eso le pasó a Chenchá. De manera que se abandonó. Dios, tal vez, lo habría perdonado, de no haber sido porque agravó la gravedad de su incumplimiento: jamás dejó de beber en la Semana de Pasión, incluido, como digo, el Jueves Santo. Y eso tiene castigo divino, el que sigue pagando hoy desde la muerte”.

que la procesión empezara a las seis de la tarde su lenta marcha de dos pasos adelante y uno atrás desde la iglesia de San Francisco. En tal reunión, además de remozar los balandranes, ajustar el cordón de cinco vueltas y reiterar el lugar del conteo antes y después de la procesión (para saber si todos habían cumplido al pie de la letra con su deber de devotos o mandantes), los hombres del grupo se ponían al tanto de las últimas noticias relacionadas con los santos festejos.

La amplia Cofradía de los Nazarenos de Mompox estaba compuesta por muchos grupos como aquel. “Y es bien sabido que Dios reenvía al incumplido, siempre, al grupo al que en vida perteneció”, dice Prudencio Morales que él mismo afirmó al concluir la reunión, y todos supieron a qué difunto señalaban sus palabras.



UNA VISITA INICIAL

A las cinco y media de la tarde, los treinta hombres se reunieron, como lo habían hecho en los últimos años, en el solar abandonado a pocas cuadras de la iglesia de San Francisco, desde donde pocos minutos después saldría la procesión. Fueron llegando uno a uno, de amplio balandrán y con el capirote puesto. Una vez el Nazareno Mayor llamó a formación en círculo, se tomaron de las manos y se numeraron una primera, una segunda, una tercera vez. La cuenta arrojó treinta, siempre treinta. Tras la esperada palmada, deshicieron el círculo y se enrumbaron a la iglesia.

El paso de La Última Cena, que en la Semana Santa de Mompox suele decorarse con frutas y platos de la región, es uno de los más pesados y se necesitan más de treinta nazarenos para portarlo. En su carga, como sucede con el resto de los pasos en todas las procesiones de esa semana, participan nazarenos de muchos grupos diferentes, de la propia Mompox o de los municipios y corregimientos vecinos. Pero el paso preferido de aquel grupo era uno más pesado aún: el de Jesús hacia el Calvario, llamado también El Paso Grande, que requería casi ochenta hombres. Era el que solía cargar también el difunto Chenchá Mercado.

“Nadie lo vio en esa Semana Santa ayudando con la carga de su paso preferido”, menciona Prudencio Morales, y agrega: “Pero como en Mompox no alcanzan los pasos para tanto mandante o devoto, se acostumbra hacer dos largas filas a lo largo

Avianca promueve el turismo y el desarrollo de Colombia. Viva unas vacaciones de verdad con Avianca Tours.





Desde los municipios aledaños llegan los devotos para participar en los actos de la Semana Santa; muchos de estos devotos son también nazarenos.

de la procesión, a lado y lado; y es hermoso ver, desde el principio hasta el final de la marcha, a los nazarenos alineados, vestidos de azul turquí, con el alto capirote puesto y con el final del cinturón de las borlas de los clavos de Cristo cayendo hacia el mismo lado”. Por todos esos contornos lo buscaron, y nadie halló al principio el más mínimo rastro de Chench Mercader.

Hasta que el hoy difunto José Elías Palacio llegó con la noticia de que adelante, muy adelante, casi al final de la Calle Real del Medio y llegando ya a la iglesia de Santa Bárbara, había visto caminar a Chench entre los nazarenos mandantes de la fila. Pero, de pronto, ya no lo vio más, porque, sin haber él sabido por qué, la procesión detuvo la marcha y solo se oyó el vibrar de la matraca, cuya monótona resonancia llamaba a la devoción. Las bandas de música habían dejado de tocar, y así, en medio de

Conozca los detalles del producto Colombia es Pasión y haga sus reservas y compras en las líneas *call center* Avianca Tours.



aquel cuadro de suspenso del mundo, José Elías quedó absorto, con el solo latir de su corazón acelerado por el susto y perdió, según reconoció después, la noción del tiempo y del espacio, y de la vida y de la muerte.

Al finalizar la procesión a las

dos y media de la mañana, ya Viernes Santo, la sospecha de la presencia de Chench en este mundo cobró fuerza nuevamente. Cuando los nazarenos, oscuro entonces el solar cercano a la iglesia, se volvieron a reunir para el conteo de cierre, la sospecha aumentó su temor. Tanto, que un hecho insólito habría de atormentar durante un año entero a los integrantes del grupo, pues al volverse a contar los nazarenos en la ya aguda penumbra, en voz alta y tomados de las manos, el número de presentes arrojó treinta y uno, y no treinta, como había arrojado al atardecer.

“Y al dispersarnos –comenta Prudencio, tembloroso esta vez–, uno de nosotros dijo haber visto alejarse un nazareno que cojeaba con dirección al cementerio”.



LINDERO ENTRE VIDA Y MUERTE

“Ese año, entero, fue de suplicio para el grupo en general –vuelve a hablar Prudencio Morales–: pese a que en Mompo se vive el año en función de la Semana Santa siguiente, solo en raras ocasio-





El mompoxino, como buen caribe, ama la vida, pero también respeta la muerte. La hermosa arquitectura de su cementerio es muestra de ambas actitudes.

nes llegamos a hablar de Chenchá Mercado. Pero siempre, siempre, estuvo su caso presente... como en los pliegues del silencio. Siempre hablamos de él sin hablar”.

Y llegó el siguiente Jueves Santo. El ritual de ese día se cumplió con la devoción y el rigor acostumbrados en cada una de las instancias. Se asistió a la reunión vespertina en casa de Prudencio, y en ella se plancharon y ajustaron balandrines y capirotos, y se comentó sobre las últimas noticias relacionadas con el culto. Hasta que, sin mencionar palabra acerca de lo que a todos preocupaba, se partió hacia el cercano solar para el conteo inicial. Al igual que en el año anterior, la numeración en voz alta arrojó treinta nazarenos, los que, a la señal del Nazareno Mayor, deshicieron el círculo y se enrumbaron hacia La Albarrada, hasta la iglesia de San Francisco, a cuyas puertas el cura daba las instrucciones para la salida de la procesión.

A partir de la carga del pesado paso de Jesús hacia el Calvario, como algunos lo habían hecho el año anterior, los hombres del grupo acordaron dispersarse hacia atrás y hacia adelante en busca de

detectar en las largas filas de nazarenos no cargantes, uno cuyos indicios en la forma de andar delata al difunto Chenchá Mercado.

Ninguno de los veintisiete que partieron pudo detectar tal vislumbre, pero sí tres de los treinta que formaban el grupo, entre ellos Prudencio Morales, quien, como los otros dos, permaneció firme en la carga del paso, y quien, antes que el resto del grupo apenas lo sospechara, concluyó que su compadre Chenchá había vuelto también aquel año.

Mientras caminaba agobiado por el peso enorme del catafalco, Prudencio descubrió entre los mandantes que cargaban, a un nazareno de balandrán desteñido que tenía el andar de punto y coma (un paso firme con la derecha y el otro de abanico a la izquierda) que en vida caracterizó a Chenchá Mercado. Complacido de volver a ver a su compadre solo dos espacios adelante, pero triste por hallarlo de nuevo en el mundo aún pensando su palabra, Prudencio aprovechó el instante de un recambio para meter el hombro al anda y quedar justo detrás del intruso nazareno.

—Compadre Chenchá, ¿es usted? —dice él que le preguntó al oído, y esperó la respuesta, solo dos segundos que tuvieron un sabor de eternidad.

Entonces, el nazareno asintió con el capirote.

De modo que, finalizada la larga procesión a las tres de la mañana, y cuando el grupo volvió a reunirse en el solar abandonado para el conteo final, ni a Prudencio Morales ni a los otros dos compañeros les asombró que el conteo en voz alta arrojara treinta y uno en la primera, la segunda y la tercera tandas. Tampoco sorprendió a los tres que el Nazareno

Mayor se asentara en su palabra de hierro y se atreviera a amonestar al intruso prójimo llegado de ultratumba: “Escuche quien tenga que escuchar —dijo el Nazareno Mayor—: Que los vivos aprendamos que es de hombres cumplir la palabra en esta Tierra. Y que no tengan que regresar desde otro mundo para cumplir-

la”. No habló más. Hizo sonar en sus manos la palmada de señal, y los treinta y un nazarenos deshicieron el círculo y buscaron la calle oscura...

Entre ellos, el amonestado nazareno de curvo andar, a quien todos (convencidos ya de su regreso) permitieron alejarse en la noche umbría, sin estrellas y sin luna, hacia el solitario callejón que llevaba al cementerio. Presas del estupor y a paso lento, acompañaron su andar al del hombre que se alejaba y que, pocas cuadras adelante, empezó a perderse en la espesa opacidad del camposanto, en el frontón de cuya altiva portada se leía en enormes letras de argamasa: *Aquí confina la vida con la eternidad.* ✨

Viva la pasión de unas vacaciones de verdad en Bogotá, Cartagena, Santa Marta, el eje cafetero, Mompo o Barú.



Consulte nuestros planes Avianca Tours en www.aviancatours.com